



AVON
BOOKS

USA TODAY BESTSELLER

LYNSAY
SANDS

Under a
Vampire
Moon

AN ARGENEAU NOVEL

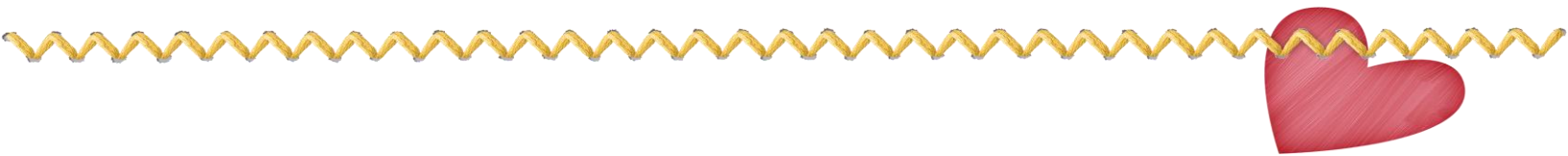


Grupo Leyendas Oscuras

Argeneau



Amor está en el aire



—No veo ninguna mesa, — dijo Carolyn, mirando por encima del concurrido restaurante al aire libre.

—Podemos sentarnos en el bar, — dijo su amiga, Bethany, con un encogimiento de hombros. Cuando Carolyn frunció el ceño, ella rodó sus ojos, la agarró del brazo para arrastrarla hacia la barra, y agregó, —Vamos a pasarnos a una mesa tan pronto como se libere una. Además, sólo vamos a estar aquí hasta que llegue Genie y nuestra mesa está justo al lado de la puerta de todos modos.

—Correcto, — suspiró Carolyn y se deslizó en el taburete al que Bethany la dirigía. A continuación, miró por encima de su hombro tímidamente, su mirada se deslizó sobre la joven multitud que se reía y la rodeaba. A pesar del sol poniente, todavía hacía calor y la mayoría de los clientes vestían de manera informal con pantalones cortos y vestidos de verano. Este era el restaurante más informal en el complejo con mesas de madera desnudas llenas de gente en la terraza con barandilla y música del Caribe apenas cubriendo el sonido de la conversación y la risa. En comparación, el restaurante cubierto de al lado, donde ella, Bethany y Genie habían ido a comer, era de cuatro estrellas, con mesas adecuadas, precios manteles, cubiertos y luz de velas.

Se habían vestido de acuerdo a lo que dejaba que Carolyn se sintiera como si sobresalieran entre la multitud relajada.

Eso no era lo único que la hacía sentir incómoda, sin embargo. También era la clientela de aquí. La mayoría de la gente parecía tener la mitad de su edad, aunque había algunas personas mayores.

Pero sin importar su edad, todos parecían estar emparejados. Ella y Bethany eran las únicas mujeres solteras, o solas, hasta donde podía notar.

Todos los demás eran parte de una pareja.

Probablemente en su luna de miel, pensó Carolyn con tristeza al notar todas las sonrisas y los besos íntimos suaves que se intercambian alrededor de ellas. La visión la hizo suspirar y girar sus ojos hacia delante para mirar a las botellas de licor que recubrían la parte posterior de la barra mientras se preguntaba si eso no había sido un enorme error.

—¿Qué puedo hacer por estas dos hermosas mujeres esta noche?

Carolyn parpadeó cuando su visión fue bloqueada de repente por un sonriente camarero. El hombre vestía una camisa blanca y pantalones oscuros. Sus ojos bailaban y sus dientes parecían increíblemente blancos contra su oscura piel cuando él les sonrió felizmente. Allí todo el mundo parecía estar feliz y sonriente, notó.

Debe ser algo en el agua, pensó Carolyn y forzó una sonrisa. — Un vaso de vino blanco, por favor.

— Lo mismo para mí, — anunció Bethany. — Y dos chupitos de tequila, también.

— ¿Tequila? — Preguntó Carolyn cuando el camarero se alejó.

— Sí, tequila. Los tragaremos en el momento en que lleguen, y luego pediremos más, — dijo Bethany con firmeza.

Carolyn vaciló. Ella realmente no estaba interesada en tragos de tequila, así que simplemente preguntó, — ¿Estás segura de que tu estómago puede manejarlo?

Bethany había estado quejándose de su estómago, puesto que había comido la cena del avión. Carolyn había comido pollo gomoso, pero Bethany había optado por salmón y había estado maldiciendo desde entonces que había estado malo.

— Espero que el tequila mate todos esos desagradables y pequeños parásitos que el salmón tenía creciendo en él, — dijo Bethany. — En su defecto, me hará vomitar y los sacaré de mi sistema. De cualquier manera, voy a recuperarme más rápido que sin él.

Carolyn le dio una risa incrédula. — Sí, bueno, no creo que...

— Bien, no deberías estar pensando, — interrumpió con firmeza Bethany. — Te he traído aquí para que no pensaras, ¿recuerdas? Y para que te relajaras y disfrutaras por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo. Y vas a relajarte, Carolyn Connor, aún si tengo personalmente que verter en tu garganta hasta la última gota de alcohol que haya en Santa Lucía.

— Estoy relajada, — protestó ella a su vez.

Bethany soltó un bufido. — Cariño, eres como un reloj, y lo has sido durante dos años. Y, como tu amiga, voy a verte relajada aún si esto nos mata a ambas.

Carolyn la miró fijamente, y luego sintió la tensión irse de sus hombros. Una pequeña sonrisa reclamó sus labios y dijo, — ¿Qué haría yo sin ti?

— Encerrarte en tu casa, dejarla sólo para ir a trabajar, y morir sola, vieja y amargada, — dijo Bethany rápidamente.

Carolyn se echó a reír, pero era un sonido hueco, porque la triste realidad era que Bethany tenía probablemente razón. Si no fuera por Bethany, estaría encerrada ya, en su casa o en su oficina, con la cabeza enterrada en los negocios mientras se esforzaba por olvidar los últimos diez años y fingir que no tenía el corazón destrozado y, sí, amargo.

— Así que ... — Bethany enarcó una ceja. — La Tía Bet curará tu salud y te devolverá

la felicidad. Te prometo que vamos a tener muy buenos momentos en este viaje. Te vas a reír y divertir, e incluso echar un polvo. Será el momento de tu vida.

– Correcto, – dijo Carolyn secamente, algo de su tensión volvió.

Lo último que quería en ese momento era involucrarse con otro hombre. He estado allí, he hecho eso, tengo el abogado del divorcio para demostrarlo, pensó sombríamente, y luego miró al camarero que regresaba con dos copas de vino y dos vasos, ambos con líquido dorado en ellos.

– Gracias, – dijo Bethany alegremente, empujando uno de los chupitos hacia Carolyn y luego levantando el otro mientras se daba la vuelta en el taburete de la barra hacia ella. – Entonces...

Hizo una pausa y esperó intencionadamente.

Carolyn cogió el vaso de chupito con resignación.

– Por un buen tiempo en Santa Lucía, – dijo Bethany con firmeza y apuró su trago.

Carolyn se llevó el pequeño vaso a los labios, bebió un sorbo e hizo una mueca cuando el líquido quemó su paso a través de su lengua.

Bethany dejó su vaso sobre la mesa con un suspiro, miró a Carolyn y frunció el ceño cuando vio su vaso lleno. – Termínalo, – dijo con firmeza. – Órdenes de la Dra. Beth.

– Pero...

– Termínalo, – repitió Bethany empujando el vaso a sus labios.

Carolyn jadeó y tosió cuando el líquido quemó su garganta y se estrelló contra su estómago.

– Esa es mi chica, – dijo Bethany con aprobación. Golpeando su espalda con una mano, tomó el vaso vacío con la otra y lo puso delante del camarero, diciendo, – Dos más.

– Beth, – soltó Carolyn, con su voz ronca, – No he bebido en años. Yo...

– No has hecho un montón de cosas en años, – interrumpió Beth mientras el camarero volvía a llenar los vasos. – Y vamos a hacerlo todo aquí. Así que ni siquiera trates de luchar contra ello. Confía en mí, sé lo que es mejor para ti.

Carolyn negó con la cabeza, pero aceptó el trago cuando el camarero lo empujó hacia ella.

Beth chocó sus copas y dijo, – Por la libertad.

Carolyn bajó el trago sin preguntar esta vez y esperó a que el ataque de tos siguiera, pero sospechaba que su garganta todavía estaba aturdida por el primer disparo. Éste bajó sin problemas, y sólo tuvo que aclararse la garganta un poco después.

Dejó el vaso en la mesa y señaló, —No estoy libre todavía.

—Semántica. — Bethany hizo un gesto al camarero para llenar otros dos vasos.
—Lo peor ya pasó. Ahora es sólo cuestión de esperar a que los tribunales hagan lo suyo.

—Sí,— murmuró Carolyn cuando otro trago apareció ante ella.

Elevando la copa, Bethany dijo, —Aquí esperaremos a que sean más rápidos sobre esto de lo que fueron con todo lo demás.

Carolyn bebió, pero mientras vaciaba el vaso de nuevo, dijo, —Realmente no me importa. No tengo prisa.

Bethany frunció el ceño cuando ella hizo un gesto al camarero otra vez. —Te lo juro, cada vez que dices eso envías un escalofrío por mi espalda. Me hace pensar que no deseas el divorcio en absoluto. Que recién cuelgas el teléfono y que quieres que vuelvan a estar juntos.

—No, — le aseguró Carolyn solemnemente. —Ese no es el caso en absoluto. Pero tampoco estoy ansiosa por correr a una nueva relación. De hecho, he decidido que el matrimonio no es para mí. Entonces, ¿qué me importa si toma algo de tiempo resolver lo anterior?

—Correcto.— Ella sonrió. —No importa. Tienes todo lo que querías.

Carolyn resopló. —Lo que quería era un matrimonio feliz. De no ser así, quiero un acuerdo de divorcio justo.

—Entonces, ese es nuestro próximo brindis, — dijo Bethany alegremente. —Por el increíble Larry Templeton, extraordinario abogado que va a conseguir todo lo que te mereces y mucho más.

Carolyn levantó su vaso, pero le costaba sonreír. Bethany estaba tratando de levantarle el ánimo y asegurarse de que disfrutaba esas vacaciones, pero ella simplemente no estaba de ánimo. Carolyn tenía el corazón herido, golpeado, desilusionado, y, francamente, deprimido. Sospechaba que estar en ese centro turístico en el Caribe no iba a ayudar. Obviamente, era un lugar popular para los recién casados. Todo el mundo estaba sonriente y feliz y lleno de amor y esperanza. Era un contrapunto deprimente de su propio estado de divorciada y viajando con una amiga. Con sus cuarenta y dos años, era vieja. O por lo menos se sentía vieja. Cristo, nunca se había sentido tan vieja en su vida, reconoció Carolyn con tristeza; vieja, negativa, golpeada y derrotada. ¿Cómo había llegado a eso?

—Oh.

Carolyn empujó sus menos agradables pensamientos lejos y bajó su vaso para echar un vistazo a Bethany. Sus cejas se juntaron al ver una mirada incierta en su rostro y la forma en que estaba repentinamente agarrando su estómago.

—¿Estás bien?— Preguntó, inclinándose hacia ella con preocupación.

—No creo que el tequila haya matado a los bichos como yo esperaba, — murmuró Beth.

Carolyn se mordió el labio. —¿Quieres volvamos a nuestra villa? Podemos saltarnos la cena esta noche y sólo...

—No, no, se supone que nos encontraremos con Genie aquí, — interrumpió Bethany, luego su mirada se alejó de Carolyn y se iluminó. —Oh, mira, una mesa se ha desocupado. ¿Por qué no llevas las bebidas mientras yo voy a vomitar?

Carolyn miró instintivamente por encima de su hombro para ver a una pareja dejar una mesa del piso inferior con vistas a la playa. Entonces, giró su mirada de vuelta cuando la última palabra de Bethany se hundió en ella, pero Beth ya estaba fuera de su taburete y abriéndose camino a través de la multitud en dirección a los baños que estaban entre el bar/restaurante al aire libre y el elegante comedor de al lado.

—Llevaré sus bebidas, — anunció el camarero, recogiendo las dos copas llenas y llevándolas. Cuando empezó a dar la vuelta alrededor de la barra, ella se puso de pie, pensando que reclamaría la mesa, pero si Beth tardaba más de un par de momentos, iría a ver cómo estaba.

Carolyn comenzó a caminar, pero se mordió el labio cuando el cuarto se movió un poco a su alrededor. Parecía que el tequila ya la golpeaba. Genial, pensó, siguiendo cuidadosamente al camarero que se abría camino a través de la multitud.

Cuando se detuvo de repente, echó un vistazo sobre su hombro para ver que una pareja se había acercado a la mesa por la dirección opuesta.

—Está bien, — dijo Carolyn al camarero. —Podemos esperar en el bar.

—No, no, no, — dijo él sonriendo de ella a la pareja. —La mesa es de cuatro. Pueden compartir y hacer amigos.

—Oh, no, está bien, — dijo Carolyn, encogiéndose ante la sola idea mientras su mirada se deslizaba sobre la joven pareja.

Ellos parecían estar en sus veinticinco años más o menos. El hombre era de cabello y ojos oscuros, con el buen aspecto moreno de un italiano. Él también estaba sonriendo levemente, con un brazo posesivo alrededor de la mujer, una curvilínea

belleza de cabello castaño rojizo, que estaba mirando a Carolyn con un interés desconcertante.

Definitivamente de luna de miel, pensó con tristeza.

—No seas tonta. — La mujer sonrió de repente. —Estaríamos felices de compartir. Sólo estamos esperando a que nuestra mesa en el restaurante de al lado se habilite.

—Lo mismo ocurre con esta bella dama y su amiga, — anunció feliz el camarero, colocando los vasos y moviéndose para sacar una silla para Carolyn incluso cuando el otro hombre sacó una para su esposa.

Carolyn se rindió y dijo, —Gracias, — mientras se deslizaba en la silla.

Después de preguntar a la pareja lo que querían, el camarero se escabulló a por su orden.

—Bueno, esto es precioso, — dijo la mujer con un pequeño suspiro satisfecho y entonces le tendió la mano. —Soy Marguerite Argeneau.

—Argeneau-Notte, — corrigió el hombre con suavidad, pronunciándolo Ar-ge-neau-No-tte; la mujer parpadeó y luego se rió con vergüenza.

—Marguerite Argeneau-Notte, — admitió con ironía, y explicó, —Es nuevo. No estoy acostumbrada a ello todavía.

Carolyn consiguió esbozar una sonrisa y aceptó la mano que le ofrecía mientras la mujer continuaba. —Y este es mi maravilloso esposo, Julius Notte.

—Carolyn Connor. — Ella se aferró a su sonrisa cuando el hombre tomó su mano en un agarre firme y tibio, luego se echó atrás y se aclaró la garganta. —¿Luna de miel?

—Sí, — rió Marguerite entre dientes. —Pero hemos estado casados durante semanas. Ya debería haberme ajustado al cambio de nombre.

—¿Han estado aquí durante semanas? — Preguntó Carolyn con interés.

—Oh, no. Sólo llegamos hace un par de días, — dijo Marguerite. —Tuvimos algunos asuntos familiares que atender en Canadá antes de empezar nuestra luna de miel.

—Oh. — Carolyn parpadeó. —¿Eres canadiense?

—Lo soy. — Marguerite sonrió. —¿Tú?

—Sí, de Toronto. — Carolyn levantó su copa a sus labios, pero se detuvo y la bajó de vuelta al pensar que tal vez sería mejor cambiar a agua o Coca-Cola Light. Ella

realmente no era una gran bebedora, y no quería acabar en el cuarto de baño junto a Bethany. Ese pensamiento le hizo girar su mirada hacia la dirección en la que su amiga había desaparecido mientras se preguntaba si debería ir a comprobarla.

—Qué pequeño es el mundo. También soy de Toronto, — dijo Marguerite felizmente, reclamando su atención.

—¿Lo eres?— Preguntó Carolyn girándose.

Marguerite asintió, luego sonrió a su marido, se apoyó en el brazo que él había colocado a lo largo de la parte de atrás de su silla, y agregó, —Pero Julius es de Italia, por lo que vamos a dividir nuestro tiempo entre Canadá e Italia por ahora a pesar de que su negocio y familia están en Italia.

—Echarías de menos a tu familia si nos quedamos sólo en Italia, *cara*. Quiero hacerte feliz.

Carolyn logró dibujar otra sonrisa cuando Julius inclinó la cabeza para presionar un suave beso en los labios de Marguerite, pero sólo apenas.

Era realmente doloroso para ella ser testigo de su amor y felicidad. Girando la cabeza, miró de nuevo en la dirección que Bethany había tomado, pensando que definitivamente debía comprobarla. ¿Y dónde estaba Genie? Su reserva era para las siete y media y ya casi era hora.

—¿Estás de vacaciones?

Carolyn volvió a mirarla, aliviada al ver que Marguerite se había enderezado, poniendo distancia entre ella y su marido.

—Yo... sí.

Levantó la copa a su boca para ocultar la mueca que reclamaba sus labios. Un momento de silencio pasó mientras bebía su vino, pero fue sólo un sorbo. El tequila parecía estar revolviendo su camino a través de su cerebro, dejándola confusa y deprimida.

El alcohol no es una cura para la depresión, pensó Carolyn, y se prometió que no dejaría a Beth instar más en ella.

Bajó el vaso y miró hacia arriba para encontrar a Marguerite mirándola solemnemente, su expresión concentrada. Sentía como si la joven mujer estuviera mirando a través de ella y viendo el fracasado páramo de su vida.

—Tal vez debería ir a comprobar a Beth. — Carolyn empujó hacia atrás su silla y se paró, pero se detuvo cuando Genie apareció de repente y la agarró de un brazo.

—Oh, Dios mío, lo siento mucho. Quería estar aquí hace media hora, pero justo

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

